

—¿Y tú, nada me dices? exclamó Moctezuma.

—Yo, á pesar de mis pocos años, dijo el príncipe, no creo, como vosotros, que los españoles descendan de Quezalcoal, y tampoco doy valor á sus protestas amistosas.

Sin embargo, despues de lo que han hecho, no dejo de admirarles.

Me parece que son más dignos de consideracion y más temibles de lo que cree Cacumatzin.

No son un puñado de hombres como él pretende.

Gracias á su talento, han podido aumentarse y tener por aliados á más de doscientos mil hombres de los que son nuestros enemigos.

Así pues, creyendo que es imposible negarles la entrada en México despues de lo que ha sucedido, debo manifestarte que es preciso estar muy en guardia y reunir aquí todas las fuerzas de que podamos disponer para contrarestar cualquiera sorpresa, cualquier acto amenazador á la independenciam de nuestra patria.

—Los españoles entrarán en Mexico, dijo Moctezuma.

Anúncialo á todos mis vasallos.

Y tú, Cacumatzin, señor de Tezcucó, sobrino mio, tú saldras al encuentro de los españoles á recibirlos y á manifestarles mi resolucioñ, y á decirles que hallarán en mí los mismos sentimientos que me demuestran.

La resolucioñ de Moctezuma no tardó en saberse en México, y la curiosidad reemplazó al temor en el ánimo de los mexicanos.



## CAPITULO XIX.

### El príncipe Cacumatzin visita á Hernan Cortés.



La resolucioñ de Moctezuma satisfizo al pronto las aspiraciones de los mexicanos.

Todos experimentaban una viva curiosidad por conocer á los extranjeros.

A la curiosidad se unia el temor miéntras duraron las vacilaciones de Moctezuma, miéntras este monarca se manifestó resuelto á no permitir que llegasen hasta su ciudad, empleando la fuerza para impedirlo.

Pero cuando supieron que aceptaba la amistad de aquellos hombres, á quienes consideraban hijos del cielo, se abrió su corazón á la esperanza, y si los más altos personajes de la corte se presentaron á Moctezuma á pedirle permiso para acompañar á Cacumatzin á la visita que iba á hacer á los españoles, el pueblo y los soldados se regocijaron con la idea de que podrian ver de cerca á unos hombres tan temibles; y para conseguirlo cuanto ántes, abandonaron la ciudad y salieron á su encuentro.

Hernan Cortés con su ejército pasó algunos dias en una pequeña poblacion próxima á Chalco, y desde el primer momento recibió la visita del cacique de la provincia y de otros de las más próximas.

Al ver la insistencia con que deseaban conocer á los españoles y las muestras de amistad que les daban, acompañadas casi siempre de obsequios, se alarmaron los embajadores de Mocte-



zuma, los cuales, so pretexto de interes y afeccion, no abandonaban nunca al caudillo.

Pero Marina conferenció con los caciques, y pudo descubrir Hernan Cortés, gracias de ella, lo que deberia haber sospechado: esto es, que cuanto más se acercaba á México, mayor era el descontento que reinaba en contra de Moctezuma.

Hasta entónces habia sido el emperador cruel, inhumano, y por más que ante su fuerza se doblegaban y acariciaban las cadenas que ponía á su cuello, la verdad era que en el fondo del corazón le odiaban todos los que eran víctimas de su crueldad.

Los tributos que les exigía eran tambien un poderoso motivo para que desearan á toda costa su ruina.

Por ellos supo, que no solo les exigía parte de los productos de sus tierras, sino que les obligaba á pagar una contribucion personal.

No habia un solo habitante del imperio que no tuviera obligacion de trabajar, al ménos un dia, en los jardines ó edificios suntuosos que para satisfacer su vanidad construía y sostenía el emperador.

Como si esto no bastase, tanto él como sus ministros se abrogaban el derecho de elegir y desechar á las mujeres de las provincias tributarias, sin que, como dice un historiador, pudiesen defender los brazos de la madre la doncella, ni la presencia del marido la casada.

Todas estas noticias que averiguaba Hernan Cortés regocijaban su ánimo, porque eran favorables á sus propósitos.

El prestigio con que se presentaba á los ojos de los mexicanos por una parte, y por otra el odio que aquellos sentían hácia el monarca, eran un nuevo refuerzo que añadir al ya considerable número de hombres que constituían su ejército aliado.

Todos los que acudían á visitar al ilustre caudillo, llevaban presentes y él pagaba estas dádivas con las bagatelas de que ya tiene noticia el lector, porque como procedentes de hombres á

quienes creían hijos del cielo, las consideraban como objetos sagrados.

Al dia siguiente prosiguió el ejército la marcha, y á medida que avanzaba notaban los españoles mayor esmero en el cultivo, una vegetacion más lozana y más rica.

Al lado de las huertas habia jardines, y el lujo y el esplendor de la ciudad de México empezaba á adivinarse en aquellos campos.

El ejército se alojó en Amecameca, pueblo pequeño, fundado en una ensenada de la gran laguna al pié de un fragosa montaña.

Multitud de soldados mexicanos, con armas y adornos militares, llegaron á aquella poblacion, y como Hernan Cortés estaba receloso, tomó sus medidas para evitar cualquiera sorpresa.

No era por entónces el deseo de luchar, sino la curiosidad la que los llevaba á aquel pueblo.

Pero de todos modos, para quitar un poco de arrogancia á aquellos mexicanos que se acercaban sin cuidado alguno á los españoles, pretextando que querían festejarlos á la usanza de España, dispuso una especie de simulacro.

Mandó disparar los arcabuces, dispuso asimismo que se hicieran algunos disparos de cañon, y por último, ordenó á los jinetes que diesen alguna carga.

A las primeras detonaciones huyeron muchos de los soldados mexicanos.

Los que aparentaban mayor serenidad iban retirándose poco á poco, y al ver á los caballos partir á galope, no pudieron contenerse, y se alejaron.

Los españoles se preparaban á pasar la noche en Amecameca, y al efecto dispuso Hernan Cortés que se establecieran centinelas y avanzadas.

Por la noche sonaron algunos disparos.



Los centinelas, viendo acercarse grupos de indios á deshora, hicieron fuego sobre ellos, y mataron algunos.

Al día siguiente supo Hernan Cortés que uno de los capitanes más bizarros del ejército de Moctezuma, sin orden de su señor, y solo con el deseo de agasajarle, quiso apoderarse por sorpresa de los extranjeros.

Cara pagó su pretension, porque fué uno de los que aparecieron muertos.

Los embajadores aplaudieron el hecho y disculparon al soldado, atribuyendo su castigo á la desobediencia, porque Moctezuma le habia mandado, como á todos los demas jefes de su ejército, que tratase como amigos á los españoles.

Por la mañana temprano descubrieron á lo largo de la calzada que conducia á México multitud de indios de todas condiciones que tomaban puesto en el camino para ver á los españoles y satisfacer su vehemente curiosidad.

Disponíase Hernan Cortés á dar las órdenes de marchar, cuando llegaron hasta la puerta de su alojamiento cuatro mexicanos, que hacian las veces de heraldos, para anunciarle que se acercaba á visitarle el príncipe Cacumatzin, sobrino querido de Moctezuma y señor de Tezcucó.

—Venga en buen hora, dijo Hernan Cortés, disponiéndose á recibir á aquel emisario del emperador.

Los heraldos volvieron á anunciar á Cacumatzin que el caudillo le daba licencia para presentarse á su vista, y poco despues empezaron á descubrir los españoles la comitiva que acompañaba al príncipe.

Rompian la marcha muchos nobles del imperio, espléndidamente engalanados y llevando en la diestra insignias, que segun dijeron á Hernan Cortés Marina y los caciques tlaxcaltecas, eran símbolo de paz.

El príncipe Cacumatzin iba detrás de ellos sobre unas andas, adornadas con plumas de mil colores.

Las andas las conducian en los hombros los parientes más predilectos de Cacumatzin.

La servidumbre del príncipe iba detrás, y cerraban la comitiva muchos hombres del pueblo.

Detuviéronse los batidores delante de la morada de Hernan Cortés.

Algunos criados limpiaron el suelo en tanto que otros ayudaban á Cacumatzin á bajar de las andas.

Hernan Cortés, de gala, y acompañado de sus capitanes, salió al encuentro del príncipe.

Al saludo que le dirigió contestó Cacumatzin con una genuflexion, tocó la tierra, y despues de tocarla se acercó los dedos á los labios.

Formóse un ancho corro en torno del caudillo español y del príncipe mexicano.

—Vengo, dijo á Hernan Cortés, á felicitaros y á dar la bienvenida á todos los capitanes.

Mi señor y tio, el gran Moctezuma, me envía para anunciaros que os espera con ansia y que desea con no ménos vehemencia la amistad del monarca que os envía desde Oriente.

Solo una pena tiene: la de haberse opuesto alguna vez á vuestra llegada á México.

Pero no atribuyais nunca esta determinacion á falta de correspondencia ni á mala intencion respecto á vosotros.

Desgraciadamente, habeis llegado en una época muy desgraciada para los pueblos tributarios de Moctezuma.

Viénese padeciendo en todos ellos gran esterilidad y el temor de no poder agasajaros como mereceis en donde falta el sustento á los habitantes del país, es el que le ha movido á rogarnos que no avanzarais más, porque si está dispuesto á partir con vosotros todas sus dichas, no quiere que participeis de ninguna de sus desventuras.

—Yo hubiera accedido á sus deseos, respondió Hernan Cor-



tés, si el soberano que me envía á su presencia no me hubiera encargado ofrecer su amistad á Moctezuma, y comunicarle noticias que le interesen en extremo.

Yo le agradezco, pues, que haya al fin accedido á nuestro deseo, concediéndome la licencia necesaria para llegar hasta su ciudad, y podeis decirle, que aunque padezcamos privaciones, no nos quejaremos.

Los de nuestra raza tienen fuerza bastante para soportar las desdichas, y estamos acostumbrados á arrostrar las incomodidades y trabajos que afligen á los hombres ménos favorecidos que nosotros por la Providencia.

Anunciadle, pues, á Moctezuma que muy en breve iré á ponerme á sus órdenes, y que cualquiera que sea el recibimiento que me dispense, despertará en mi alma la mayor gratitud.

—Puesto que, segun mis noticias, os disponeis á partir, permitidme la honra de acompañaros, al ménos hasta Tezcuco, ciudad que se halla bajo mi dominio, y en la cual espero daros muestras del afecto que me inspirais.

Hernan Cortés se anticipó á pagarle los agasajos con que le brindaba, ofreciéndole cuentas de vidrio, espejos y algunas que otras fruslerías de las que tanta alegría proporcionaban á los indios.

## CAPITULO XX.

### Iztacpalapa.



us aliados, los españoles, y los embajadores de México con el príncipe Cacumatzin, se trasladaron á Tezcuco, una de las mayores ciudades del imperio.

Los españoles dejaron consignado en sus escritos que aquella ciudad era como las de Sevilla.

Los edificios, sus torres extrañas y el fuerte de la ciudad, ofrecian un espectáculo encantador.

Como la ciudad de Génova, se hallaba situada, enfrente de un inmenso lago.

Llevó Cacumatzin á Hernan Cortés á su palacio y allí, despues de entregar algunas joyas de oro al caudillo de los españoles, mandó á sus criados que repartiesen plumas, adornos, flechas y otros objetos á los capitanes y soldados.

Poco se detuvieron los viajeros en aquella ciudad.

Hernan Cortés, informado de la distancia que tenia que recorrer, deseaba pernoctar en Iztacpalapa, que se hallaba á tres leguas de Tezcuco y á muy corta distancia de México.

Una hermosa calzada de más de veinte piés de latitud, de piedra y cal, y con preciosas labores en la superficie, empezó á dar idea á los españoles del lujo que poco despues iba á desplegarse ante sus ojos.

Cacumatzin se adelantó para anticipar á Moctezuma las buenas noticias que habia recibido.

Los españoles se detuvieron en un pueblo que habia entre Tezcuco é Iztacpalapa, llamado Quitlavaca.



El cacique de aquel pueblo se presentó á Hernan Cortés acompañado de las principales personas que allí habitaban, y mostrando gran admiracion y gran afecto hácia los españoles, pidió con las mayores instancias á su jefe que le honrase deteniéndose à pasar la noche en la ciudad.

Hernan Cortés accedió à estos deseos.

El motivo que le impulsó á acceder fué el recelo.

Aunque á medida que iba avanzando hácia la residencia del emperador habia tenido ocasion de admirar graduales adelantos en la civilizacion de aquellos pueblos; aunque por las noticias que le habian dado y las narraciones que habia oido, tenia una idea grandiosa de México, no podia figurarse que llegara hasta el punto que llegaba la magnificencia de aquel imperio.

Informado por Marina de la sinceridad con que el cacique de Quitlavaca deseaba que pasase la noche en esta poblacion, accedió, como hemos dicho, para poder informarse allí, hasta donde fuera posible, de la verdadera actitud en que le esperaba el emperador de México.

Por otra parte, la posicion de la ciudad era la más á propósito para abarcar una imensa posicion de terreno.

El cacique hospedó en su palacio á Hernan Cortés.

Las familias más nobles alojaron á los capitanes.

Los soldados recibieron las mayores muestras de afecto y de interes por parte de los Quitlavacas, y hasta los tlaxcaltecas y zempoales, naturales enemigos de los mexicanos, fueron considerados por éstos al verlos protegidos por los españoles.

Marina, encargada como siempre de sondear el corazon de los mexicanos, pudo tranquilizar á Hernan Cortés.

Por el cacique supo que no habia ningun peligro para los españoles, que el emperador habia dado orden á todas las poblaciones del tránsito para que los recibiesen y agasajasen; y de paso manifestó el odio que sentian todos los habitantes de

Quitlavaca hácia Moctezuma, refiriendo á Marina los prodigios que habian tenido lugar en el imperio ántes de su reinado.

Buena falta hicieron todas estas noticias para devolver la energía á los soldados de Hernan Cortés.

Antes de entrar en Iztacpalapa quiso Hernan Cortés pasar revista á todo su ejército.

La calzada era ancha, y aquel espectáculo, ademas de servirle para su gobierno, podia producir gran efecto en los muchos curiosos que acudian á ver á los extranjeros.

Formaron, pues, cuatrocientos cincuenta españoles, y á su lado seis mil indios entre tlaxcaltecas, zempoales y algunos otros que se habian unido al ejército en el camino.

En esta forma se pusieron en marcha, recreando todos su vista en el risueño panorama que ofrecia la ciudad.

Situada tambien en la orilla de la laguna de México, con más de diez mil casas, casi todas elevadas, é innumerables torres, parecia aprisionada por una guirnalda de jardines.

El príncipe de Iztacpalapa se adelantó acompañado de otros dos príncipes, el de Magicaltzingo, y el de Cuyoacan, y salió al encuentro de los españoles.

Saludándoles con la mayor cortesía, mandaron á los tamenes que les ofreciesen los regalos que les llevaban en frutas, víveres y joyas de oro, cuyo valor ascendia á dos mil pesos.

La entrada de los españoles en la ciudad fué triunfal, y á través de dos grandes filas de una muchedumbre inmensa, que expresaba su entusiasmo por medio de un continuo griterío.

La ciudad de Iztacpalapa era encantadora.

Rectas y anchas calles, plazas con fuentes de agua cristalina, jardines y huertas, templos suntuosos.

El palacio era grande.

Constaba de muchas habitaciones, todas con el techo de cedro, sobre el que el cancel habia trazado adornos caprichosos.

En las habitaciones habia tambien colgaduras de algodón te-



jido, con hilos de varios colores, formando dibujos no ménos bellos y deslumbradores.

Empeñóse Quetlahuaca en que pasase el día en su ciudad, y accediendo á ello Hernan Cortés, por la tarde le llevó, lo mismo que á sus capitanes, á una hermosa huerta que para su recreo poseia, concediendo á sus huéspedes permiso para aprovechar todos sus frutos.

La huerta era una maravilla.

Habia tambien un jardin, y en medio de él un estanque de piedra y argamasa, y con grádas que conducian hasta el fondo.

En aquel estanque habia innumerables peces, que constituian uno de los principales recreos del príncipe Quetlahuaca.

Cortés creia soñar.

No habia tomado parte en las guerras de Granada, y no habia podido ver nunca tantos jardines, tantos huertos, tantos palacios, como soñaba y realizaba el génio de los árabes.

No podia imaginar que á tanta distancia de su patria, y no solo de su patria, sino del mundo civilizado, pudiera aparecer á sus ojos el arte de una manera tan encantadora.

Hernan Cortés notó que todos los habitantes de aquella ciudad hablaban con respeto y con amor de Moctezuma; las quejas contra el soberano habian cesado.

Allí todo era palabras de admiracion y respeto.

Por lo que pudiera suceder, estableció aquella noche centinelas; pero este cuidado fué inútil.

Moctezuma estaba verdaderamente resuelto á aplacar á los dioses, mostrándose benévolo con los españoles, y habia dado órden para que los agasajasen en todas partes.

Dos leguas distaba México de Iztacpalapa.

A la mañana siguiente de madrugada se puso en marcha todo el ejército, dejando á un lado y otro del camino multitud de poblaciones hermosísimas, todas en las orillas de la gran laguna.

Aun no serian las nueve de la mañana, cuando el panorama de la ciudad de México deslumbró la vista de los españoles.

## CAPITULO XXI.

### México.



El espectáculo que ofreció á los ojos de los extranjeros el panorama de la ciudad de México fué el colmo de la maravilla.

No debemos pasar adelante sin ofrecer á nuestros lectores una descripcion detallada de aquella gran ciudad donde iban á poner la planta los españoles, y que debia ser teatro de escenas sorprendentes.

Así, pues, ántes de asistir á la primera entrevista de Hernan Cortés y Moctezuma; ántes de reseñar las ceremonias que tuvieron lugar en aquel momento tan solemne para la decadencia del imperio mexicano, y de una de las conquistas más grandiosas del Nuevo Mundo, vean nuestros lectores por esta descripcion de uno de los más sabios viajeros que han estudiado las antigüedades de México, qué era aquella ciudad en el momento en que llegaban á ella los españoles.

Conociásela, como hemos dicho ya, con el nombre de Tenochtitlan.

Adornada con numerosos teocalis, que se elevaban en forma de pirámides, rodeada de calzadas ó diques, situada casi en medio del lago de Tezcucó sobre islotes cubiertos de verdor, recibiendo en sus calles á todas horas millares de barcos que vivificaban aquella espaciosa sábana de agua salada, la antigua Tenochtitlan debia parecerse á algunas ciudades de Holanda, de la China, ó del Delta inundado del Bajo Egipto.